

A propósito de la catedral de Reims.

4-69

1

("La Nación", Buenos Aires (R. A.), 29 noviembre 1914).

A PROPOSITO DE LA CATEDRAL DE REIMS

(Para LA NACION)

SALAMANCA, octubre de 1914.

He leído un artículo de un escritor español en que éste se indigna, o por lo menos finge indignarse, de las protestas que ha suscitado el bombardeo de la catedral de Reims por las tropas alemanas. Y no es que diga, no, que una catedral merece siempre ser bombardeada. El escritor a que me refiero es ciertamente no ya anticatólico, sino hasta anticristiano, y en un tiempo se nos presentaba poco menos que como ateo profesional—quiero decir creyente en el Anti-Dios—pero tiene la suficiente educación estética para estimar que se debe respetar las catedrales y otros templos cualesquiera, de una o de otra religión, como obras de arte. Pero es a la vez un sentimental del llamado humanitarismo—yo diría que un pedante de la sentimentalidad humanitaria—posición nada rara en los profesionales del ateísmo. Y lo que le indigna o finge cuando menos que le indigna es que se proteste de la destrucción de una catedral, o de otra cualquiera obra de arte, cuando se están matando tantos hombres y quedando tantos ancianos padres sin hijos que los sustenten en su vejez, tantas muchachas sin novios, y hasta esposas sin maridos e hijos sin padre.

Quiero ahorrar al lector todo lo que a este respecto puede decirse. El tema es inagotable para la ramplonería sentimental humana. El ingente acervo de los lugares comunes que los más de los pacifistas lanzan contra la guerra se nutre de ese tema de tan fácil inspiración y ello llega a todos. Son declamaciones al alcance de todas las cabezas y de todos los corazones.

Libremo Dios de desconocer el valor de semejantes argumentos contra la guerra. Para la inmensa mayoría de

los padres a quienes la guerra les arrebató los hijos y de las viudas y de los huérfanos que ella hace, esa es la más fuerte razón, casi la única que contra la guerra se puede presentar. Y el dolor de las víctimas es sagrado. Pero detenerse en esa consideración vulgar no es cosa digna de un hombre que ponga sobre todo los altos intereses de la humanidad y su fin supremo, si es que alguno tiene.

Y de hecho ninguno de los grandes pacifistas, de los que han combatido y combaten la guerra con altas miras hace demasiado hincapié en eso de las vidas que cuesta. Saben muy bien que una paz sistemática cuesta acaso, a la larga, más vidas, y que hay no pocas guerras que ahorran y aseguran vidas futuras a cambio de las que cuestan. Saben que la molición y el lujo y la flojera a que a las veces puede conducir a un pueblo el eludir sistemáti-



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S



camente toda guerra y el no educarse, por lo menos, en previsión y preparación de ella, le llevan acaso a perder más vidas y a perderlas más vergonzosamente, que en la guerra habría perdido. Saben que la muerte guerrera puede significar una poda. Y saben, sobre todo y ante todo, que el hombre acaba siempre por morir: aunque no le mate un prójimo en campaña.

De aquí que los más de los pacifistas trasladen su argumentación al campo de la economía y sostengan que la guerra es un mal negocio. Tal es la tesis del libro de Norman Angell, «La gran ilusión», libro que ha alcanzado cierta boga y difusión últimamente. Pero a ello salen al encuentro no pocos economistas de la escuela que podría llamarse imperialista—A. Wagner a la cabeza—alemanes, por supuesto, sosteniendo que la guerra es una industria como otra cualquiera y que hay pueblos que no podrían desarrollar sus industrias y su comercio sino al amparo de los cañones y mediante colonias y tratados de comercio sostenidos por la fuerza de las armas.

El argumento de Norman Angell es sustancialmente el mismo que desarrolló poéticamente Leopardi en aquel su último y portentoso canto a «La retama» («La ginestra») cuando decía que los hombres en vez de inculparse unos a otros de sus males, deben culpar tan sólo a aquella

culpable de verdad, de los mortales madre en el parto, en el querer madrastra, a la naturaleza, y unirse y confederarse contra ella. Y añadía que

A las ofensas del hombre azuzar la diestra, poner lazo y tropiezo al vecino, tan torpe, juzga cuál sería su campo que el enemigo asedia, en el más rudo empuje del asalto, olvidando al contrario, acerba lucha emprender los amigos sembrar la fuga y fulminar la espada entre sí los guerreros.

Y acaba el pasaje hablándonos de cuando el horror a la naturaleza

que ató a los hombres en social cadena sabiduría vuelva a renovarlos.

Claro está que esta visión humanitarista—más que humanitaria—del gran poeta pesimista es, desde el punto de vista histórico más que discutible y que parece más ajustado a la verdad, enseñar que los hombres formaron sociedades para luchar los unos contra los otros y no unidos contra la naturaleza. Es muy comprometido negar que haya sido la guerra el principal y acaso el primer elemento de progreso humano y que a ella, a la guerra, más que a otra actividad alguna, deben su origen las artes mismas de la paz. Aunque pueda llegar día—si bien lo dudo—en que estas artes necesiten para su mayor y mejor perfección que la guerra de hombres contra hombres desaparezca del mundo.

El escritor sentimentalista a que me refería al principio de este escrito, aunque socialista, no la emprende,



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES

sin embargo, contra la guerra, desde el punto de vista económico, sino desde el punto de vista de los huérfanos y las viudas. Es decir, tampoco, porque el punto de vista de las viudas y los huérfanos suele ser—justo, aunque terrible es tener que decirlo—un punto de vista económico. Si les queda una buena viudedad y una buena orfandad, si el estado protege bien económicamente a las viudas y los huérfanos de los que dieron su vida por la patria, esas viudas y esos huérfanos se consuelan fácilmente. Si es que alguna vez no salen ganando con ello...

«¡Qué suerte ha tenido!» oí no hace mucho a un charro refiriéndose a otro que había vuelto de la campaña de Melilla con una pierna de menos. Y es que merced a esa mutilación le dieron un empleo seguro y sedentario con un regular sueldo fijo y que le obligaba a trabajar muy poco. Y cuántos hombres útiles y en el uso de sus dos piernas optarían por quedarse cojos si supieran que así podrían ganarse su vida con menos trabajo o tal vez sin casi trabajo alguno!

No, el escritor socialista que aludo se coloca en el punto de vista sentimental. O más bien en el de un padre de familia. Y como él es padre, y padre desde hace poco y creo que no más que de un solo hijo hasta ahora, cree que todas las catedrales del mundo no valen lo que la vida de un niño. Y hay muchos que sienten como él.

A los cuales he de escandalizar seguramente si les digo que el alma de un hombre, lo que de él queda, y se incorpora al legado eterno de la humanidad, vale más, no ya que todas las catedrales, sino más que el universo todo visible, por paradójico que esto parezca, ¡pero una vida no! Porque la vida es una cosa y el alma otra. Murieron Homero y Platón y Moisés y Virgilio y Shakespeare y Goethe y el Dante y Miguel Angel y Rafael y Mozart y Cervantes y Velázquez y Racine y... tantos y tantos otros genios, pero sus almas quedan y alientan y viven en sus obras.

Aparte e independientemente de si se cree en el alma humana como una substancia separable del cuerpo y no una mera función del organismo vivo,

una substancia espiritual que sobrevive a la muerte; aparte e independientemente de la concepción religiosa cristiana de la inmortalidad del alma, cabe creer en ésta en otro sentido, en el de que sobrevive en la cultura humana e incorporada a ella. Y apenas hay quien no deje algo detrás de sí.

En tal sentido cabría decir, repito, que un alma humana, una sola alma, vale más que todas las catedrales, si no fuese porque es en catedrales y en otras obras así, en lo que persisten las almas de los que fueron. La vida de Velázquez no valió más que sus obras pictóricas, o mejor dicho, su vida no fué otra cosa que la producción de



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S.

esas obras en cuanto tuvo un valor universal y duradero humano. Pero destruir esas obras es destruir el alma de Velázquez, que vale más que valió su vida. Y he aquí porqué al destruir una catedral, como la de Reims u otra, se destruye almas humanas y alimento a las que hoy viven.

El mismo escritor a que vengo aludiendo dice que las catedrales sin ojos que las contemplan carecen de valor y que son los ojos los que hacen las catedrales y las obras de arte plásticas y pictóricas. Hasta cierto punto —y no más—esto es verdad, ¿pero no lo es también que las catedrales y las bellas estatuas y los hermosos cuadros hacen los ojos? Es decir, los ojos de un hombre culto. Si los sentidos de un hombre culto no son los de un salvaje y si esos sentidos le proporcionan una vida que merece ser vivida mucho más que la de un salvaje, a las obras de arte se debe en la mayor porción ese mayor valor de la vida. Los salvajes, los bárbaros, los incultos, se juegan con mayor facilidad la vida, pero es porque vale para ellos menos que para nosotros, porque tienen menos alma. Y cuanto menos alma se tiene vale menos la vida. Y a la vez se debe dar la vida por el alma y nunca el alma por la vida.

Lo que ocurre es que a medida que se cree menos en el alma, que se extienden más la concepción y el sentimiento materialista de la vida, se acentúa la morbosa sentimentalidad por la vida. Y así observamos la que a algunos parece, no sé bien por qué, paradoja de que a medida que se cree menos en la otra vida se execra más de la guerra. Y se revuelve más el hombre contra el dolor.

Siempre se ha observado cómo la religiosidad y hasta el misticismo suelen aliarse a la bellicosidad y el espíritu guerrero. El consorcio del sacerdote y el guerrero es cosa harta conocida para que sea menester insistir en ello.

Y las gentes que se quedan en la superficie de las cosas se hacen cruces de que sea entre los ministros de una religión de paz y de amor—es la fórmula consagrada—donde suelen encontrarse los mayores justificadores de la guerra y que con tanta frecuencia se haya dado el tipo del caudillo devoto y hasta fanático; de un Cromwell por ejemplo. Olvidan que Cristo mismo dijo que venía a traer la guerra y que su religión proscribía el odio y no la guerra. Que son dos cosas muy distintas. Y hasta pudiera ser que la guerra fuese la gran purificadora del odio y que éste envenenara más a las almas en tiempo de paz.

Hay que evitar también hacer la comedia del luto de la muerte. Se ha rodeado a ésta de un cierto aparato teatral. La antigua costumbre de las lloronas o plañideras alquiladas no ha desaparecido del todo y donde parece haberlo sido es que se ha transformado. El mismo ponerse de luto la familia del muerto es una concesión a las costumbres, al ritual, más que la



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S

expresión de un sentimiento. Y un maestro de la vida espiritual, el P. Faber, advertía a los fieles que no convirtieran el lecho de muerte en escenario de comedias y que los más grandes santos habían muerto como los animales, acostándose a morir. Y una guerra, así como una epidemia, reduce la muerte a sus proporciones más justas, haciendo de ella un acto colectivo.

Que se combata la guerra por otros motivos y sobre todo porque se crea, con razón o sin ella—yo creo que sin razón—que retarda la obra de la cultura, lo comprendo, pero que se la combata porque acelera un poco—mucho menos que se cree—las muertes de unos cuantos, es algo de una superficialidad de sentimentalismo que no cabe en quien mira virilmente y cara a cara el problema del destino humano.

Esta guerra dicen que es la bancarrota del socialismo internacionalista y la de los ensueños pacifistas del arbitraje internacional. Yo no lo creo así. Siempre quedará campo para uno y para otros y acaso resurjan más potentes después de terminada la contienda. Lo que sí es esta guerra, como todas las guerras, y dígase lo que se quiera de eso de que significa una vuelta a la barbarie primitiva, una sacudida contra la modorra y el adormilamiento que acompañan a la ramponería sentimental de los que parecen creer que el dolor y la muerte son los dos mayores males.

Eso de que los beligerantes no luchan sino por ciegos odios de raza o por móviles económicos, lo he dicho ya, y lo repetiré cien veces, es una explicación de una simplicidad y de una mezquindad tales que delatan lo parcial, lo parcialísima que es. No; luchan también, aunque no todos los que han empuñado las armas lo sepan, ni aun los más de ellos, luchan también por sendas culturas. Hay por lo menos dos culturas, o, si se quiere, dos tipos diversos de cultura frente a frente. Y una de las maneras de que lleguen a armonizarse es la guerra. Y es natural que la cultura francesa se sienta herida en el corazón al ver que las sagradas piedras de la catedral de Reims caen a los cañonazos alemanes mucho más que al ver caer los cuerpos, las vidas, no las almas, de cientos o de miles de sus hijos.

Sentir de otro modo es sentir no en hombre, sino en animal humano, en ser fisiológico perteneciente a nuestra especie zoológica. Lo cual es una



abstracción y nada más. El hombre como algo superior a las diferencias de raza, de nacionalidad, de casta, el hombre cosmopolita no es, ciertamente, más que una abstracción; pero el otro hombre, el fisiológico, el que está por debajo y no por encima de esas diferencias, el verdadero salvaje, es ya, gracias a Dios, otra abstracción entre nosotros. Salimos del uno sin haber llegado al otro; salimos del que no tiene patria alguna sin haber llegado a aquel para quien toda la tierra es patria. Y esas consideraciones de sentimentalidad fisiológica—no merece otro nombre—como aquellas a que me vengo refiriendo, son la negación de la cultura.

El último tercio del pasado siglo XIX, siglo de la técnica y de aquella lamentable vaciedad que se llamó positivismo, nos dejó un legado de rampionería, ya intelectual, ya sentimental, que esta guerra, así lo espero, ha de venir a quebrantar. Yo me prometo de ella un resurgir de la genialidad científica, artística, filosófica y hasta religiosa, que parecía adormecida en esta nuestra época de epígonos, de críticos, de comentadores, de eruditos, de meros técnicos. La sacudida va a ser tremenda: muchos enloquecerán por ella; otros encenderán sus espíritus en nueva luz.

MIGUEL DE UNAMUNO.



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.USAL.ES